

INTELECTUALES Y POLÍTICA
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Intelectuales, universidad y opinión pública. El grupo de Oviedo*

GONZALO CAPELLÁN DE MIGUEL

«Véase pues, cómo la resolución de todos los problemas viene a condensarse en el perfeccionamiento de la enseñanza, en la «política pedagógica», que aún no ha sabido inscribir en su programa ningún partido español, pero que numerosas voces salidas de *nuestra minoría intelectual* piden sin descanso. ¡NO sin profundo sentido señalaba en ella la raíz de toda grandeza Fichte, cuyas profecías tan grandiosamente ha realizado la Alemania moderna!

Trabajemos, pues, sin descanso, con fe y ardimiento, profesores y alumnos, firmes *en la creencia de lo trascendental de nuestra obra*, de la influencia enorme que en lo más elevado de la vida tiene lo más humilde y modesto, cuando se cumple con el alma iluminada por el ideal. *No olvidemos nunca que nuestros deberes académicos son deberes nacionales*; y que al dedicar unos lo mejor y más íntimo de su espíritu a dirigir la inteligencia y el corazón de los que inician su camino en la vida, y al coadyuvar estos con la voluntad firme y constante que abre de par en par las puertas de la atención y prepara el entendimiento a la gran obra asimiladora y sugestiva de la educación científica, *hacemos más por la patria que con cien discursos declamatorios o con el continuo lloriqueo del pesimismo pasivo.*

La responsabilidad de los elementos intelectuales, con ser grande siempre, es mucho mayor y más grave en una nación atrasada y víctima de la abulia como la nuestra. La regeneración, si ha de venir (y yo creo firmemente en ella), ha de ser obra de una minoría que impulse a la masa, la arrastre y la eduque.

(...) Si España no sale de la profunda crisis que atraviesa, culpa será de los llamados 'elementos directores' —entre los cuales hay que incluir a todo el que tiene conciencia de las necesidades generales de la patria— a los cuales incumbe la 'acción'; y es bueno que piensen seriamente en esa culpabilidad que les amenaza»¹.

* Este trabajo se ha realizado al amparo del proyecto de investigación «La opinión pública en Europa» dirigido desde la Universidad del País Vasco por Javier Fernández Sebastián y financiado por la UPV.

¹ *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (BILE), XXII, núm. 464, 30 noviembre 1898, págs. 325-26. Las cursivas las utilizaré en las citas literales para destacar ciertas ideas del texto.

ESTE fragmento del discurso de apertura del curso académico 1898-1899 pronunciado por Rafael Altamira y Crevea en la Universidad de Oviedo es una buena muestra de las ideas y la actitud que ya a esa altura plantean los intelectuales del denominado grupo de Oviedo. De su adscripción al fenómeno de los intelectuales, tal y como se acababa de manifestar en Francia con motivo del *affaire* Dreyfus o como se habían empezado a dejar oír en la esfera pública en España tras la guerra de Cuba, no cabe la menor duda. Es más, miembros de este grupo estarán presentes, en primera fila, en casi todas las manifestaciones públicas de los diferentes grupos de intelectuales españoles de las dos primeras décadas del siglo xx (sea para protestar por el caso Ferrer, sea para manifestarse a favor de los aliados durante la Gran Guerra). Pero lo que he pretendido al abrir este artículo con el texto de Altamira es mostrar la claridad con que a la altura de 1898 este grupo tenía ya definido el problema de España, así como la profunda convicción de que a los intelectuales correspondía una responsabilidad, que no se limitaba al «lirismo quejumbón», sino que necesariamente debía desembocar en la acción (en nota al pie aclara, además, el autor que los elementos sociales que no intervienen en la gobernación pública no pueden permanecer en la inacción; es decir no pueden rehuir el compromiso, el deber social de cooperar con el Estado). La misión encomendada a la ciencia y por tanto al organismo que la representa, a la Universidad, trasciende su esfera para adquirir una dimensión nacional.

Semejante planteamiento sólo es posible formularlo con tanta solidez de forma tan temprana porque en realidad este grupo de intelectuales se había forjado con anterioridad, insertando sus raíces más profundas en la filosofía krausista tal y como se desarrolló en España durante la segunda mitad del siglo xix. Una vez recibida la enseñanza doctrinal del krausismo, cuyo sello —como escribirá más tarde Altamira— quedará grabado², estos hombres van a ir adquiriendo una especial cohesión de grupo dentro del krausismo y del institucionismo, merced a su filiación a la tierra asturiana, en especial a la Universidad de Oviedo, a la que todos ellos van llegando desde finales de los 70 hasta los 90 para desempeñar su labor profesional como catedráticos. A este respecto conviene aclarar desde un principio que la conformación de ese grupo no va a suponer nunca la reclusión de sus miembros, sino que van a actuar siempre en un doble plano: regional y nacional

² Para eludir la a veces problemática filiación directa con el krausismo, Yvan Lissorgues se ha referido a estos autores como «Los intelectuales españoles influidos por el krausismo», en E. M. Ureña y P. Álvarez Lázaro (eds.), *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*. Madrid, Ed. Parteluz, 1999, págs. 313-352.

(e incluso internacional), colaborando de forma activa en cuantas iniciativas desarrolla el grupo krausoinstitucionista más amplio al que siguen perteneciendo y que abanderan desde Madrid hombres como Giner, Azcárate, Labra o Cossío. Por otro lado, voy a limitarme aquí a los miembros del grupo que conforman su núcleo central y permanente, esto es, Posada, Buylla, Altamira, Sela y, con más o menos continuidad, Clarín³, aunque también haré mención, esporádicamente, a otros que en distintas ocasiones a lo largo del período participaron activamente en algunas de las iniciativas del grupo, tales como Félix Aramburu, Rafael Ureña, el propio Genaro Alas (hermano de Clarín) o Leopoldo Palacios, por no mencionar a los Pedregal (padre e hijo) o a Melquíades Álvarez, que desde la esfera política confluyeron a veces y sirvieron de vía de expresión a este amplio grupo de intelectuales asturianos (o vinculados con Asturias). Esa amplia red y su dimensión fue lo que les permitió cobrar una especial relevancia en el ámbito intelectual español de principios del siglo xx.

Pero a la vez de ajustarse con precisión a muchos de los parámetros que definen a los intelectuales, el grupo de Oviedo presenta una serie de rasgos atípicos, muy característicos de su filiación krausista, que les da un perfil de grupo singular mucho más acusado. Por eso me voy a centrar, sin dejar de aludir a los aspectos más conocidos (educación, reforma social...), en otros que no se han destacado en tan gran medida, pero que resultan especialmente relevantes a la hora de definir su actividad como intelectuales. Así analizaré aspectos relacionados con la opinión pública, la autonomía universitaria, la filosofía de la historia, las relaciones elite-pueblo o el binomio teoría y praxis política. Dado que la historiografía se ha centrado, a la hora de estudiar los intelectuales, sobre todo en los literatos asociados al 98, en los regeneracionistas o en los hombres del 14, intentaré remarcar a lo largo del texto algunos aspectos que ayuden a definir a los intelectuales de Oviedo con respecto a esos otros grupos en relación con algunos de los aspectos habitualmente analizados a la hora de caracterizar a los intelectuales.

³ Una reflexión sobre la medida en que se puede adscribir a Clarín al grupo, en Yvan Lissorgues, «La filosofía del institucionismo en el pensamiento y en la obra de Leopoldo Alas (1875-1901). Clarín y el “grupo de Oviedo”», en J. Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*. Madrid, Talasa, 2000, páginas 187-213. A pesar de la amistad que le une al grupo, de la participación en iniciativas comunes (como la Extensión universitaria) o de que Posada mismo le considere parte del «Obelisco de Oviedo», Clarín no fue, en rigor, un institucionista, no secundó la causa del republicanismo centralista (sino el posibilismo de Castelar desde 1886), ni firmó con el grupo la respuesta a la encuesta de Costa en 1901 (págs. 190-94).

1. LA ESCUELA KRAUSISTA Y LA CONFORMACIÓN DEL GRUPO

Uno de los primeros elementos que va a servir de argamasa para la formación de un grupo de intelectuales en Oviedo es sin duda su formación previa en la Universidad Central de Madrid en la filosofía krausista. Desde que hizo su irrupción en la esfera pública a finales de los 50, el krausismo fue visto por quienes hasta entonces controlaban la formación de las opiniones públicas, Estado liberal e Iglesia, como un serio enemigo a tener en cuenta⁴. Y ello fue así no solo por la divergencia ideológica del nuevo credo (que en principio era susceptible de interpretarse en clave bastante conservadora)⁵ o de los grupos de filiación liberaldemócrata que abanderaron la causa krausista, sino por la rápida percepción por parte de los neos más avisados de la competencia que planteaban en el mercado de las ideas. Los krausistas dispusieron desde los años 60 de una plataforma privilegiada para formar (para romper según los neos) a la juventud estudiosa de las clases medias en una nueva cosmovisión que afectaba no solo al orden sociopolítico, sino también al moral-religioso: la Universidad. Y en torno a esta plataforma de publicidad y difusión de las ideas se libraron las principales batallas del momento. La primera entre 1865 y 1868, la segunda en 1875 y una tercera en 1884. Las denominadas cuestiones universitarias fueron el primer gran *affaire* donde un grupo de profesionales defendieron la libertad de cátedra, es decir, el libre mercado de ideas, porque era el único de que disponían para desafiar el monopolio eclesiástico y oficial. En 1868 firmaron un manifiesto por la libertad de conciencia, condición *sine qua non* junto a las otras libertades públicas defendidas por los krausistas, reunión, asociación, imprenta..., para poder concurrir al libre mercado de la opinión. La prensa se llenó de protestas, la solidaridad recorrió todas las universidades e institutos del país y los profesores krausistas pasaron al panteón de los márti-

⁴ Carlos Serrano ha contextualizado la aparición de los intelectuales (de esos primeros que el autor denomina «genéricos» —a los que pertenecen los krausistas— para diferenciarlos de los «concretos» que aparecen a finales del XIX) en Europa en general con una secularización del mundo intelectual en el que la Iglesia pugna por el «liderazgo en la formación y orientación de una naciente opinión» («El “nacimiento de los intelectuales”: algunos planteamientos», en Carlos Serrano (ed.), *El nacimiento de los intelectuales en España*, AYER, núm. 40, 2000, páginas 16 y 20-21.

⁵ Lo que hizo posible su recepción, antes incluso de que Sanz del Río viajara a Alemania, por parte de un moderado vilumista como Santiago de Tejada. Sobre los aspectos que se plantean en este párrafo véase J. Olabarria y G. Capellán, «Krausismo», en J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes, *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, págs. 397-403.

res de la libertad de la ciencia. El poder de los intelectuales era demasiado débil aún para presionar con éxito sobre el Estado liberal (cosa que sí lograba, en este caso, la Iglesia). Si bien éste fue el más sonado, no fue el primer caso en el que los krausistas actuaron como grupo de presión en los años 60 y 70 para forzar la política del Gobierno a favor de la abolición de la pena de muerte y de la esclavitud, o simplemente de la reforma del arancel, causas todas ellas para las que se formaron asociaciones, se realizaron publicaciones, se organizaron mítines, etc.

La Universidad de Oviedo no fue ajena a estos conflictos. Fruto de la cuestión universitaria de 1875 fue separado uno de sus catedráticos más eminentes, Piernas Hurtado. La huella de la acción ministerial podía percibirse fresca aún en el seno del claustro ovetense años más tarde, cuando al restaurar en sus cátedras el Gobierno liberal de Sagasta a los profesores expulsados emitió un escrito en el que podemos leer:

Los que en aquellos días de luto para la ciencia y la cultura patria sentíamos repercutir en lo profundo de nuestros corazones el golpe furibundo que acabó con la independencia y libertad del profesor convertido desde ese punto y hora en mera máquina repetidora de opiniones ajenas, lesionado de una vez el Derecho y perjudicando gravemente a estimables compañeros; *nos congratulamos en el momento presente por el triunfo de la justicia*, por el alto sentido que inspira la circular del Ministro de Fomento que devuelve a la ciencia y a la enseñanza la integridad de sus funciones... (Oviedo 8 de marzo 1881. Firman, entre otros, Buylla, Ureña, Aramburu y Canella)⁶.

Es decir, que compartían plenamente el ideal krausista de la libertad de la ciencia que, a pesar de su condición de funcionarios, concedía a los profesores universitarios una plena autonomía intelectual⁷. Y se percibe también cómo en el fondo se concibe este *affaire* como una lucha por valores universales: verdad, libertad y justicia. Así tuvieron ocasión de demostrarlo poco después cuando en 1884 la Universidad volvió a agitarse ante la política educativa del Ministro de la Unión Católica, Alejandro Pidal y Mon. Además, se daba la circunstancia de que el Marqués de Pidal ejercía desde hace tiempo su poder caciquil en tierras asturianas, lo cual le per-

⁶ Citado en Juan A. Crespo Carbonero, *Democratización y reforma social en Adolfo A. Buylla. Economía, derecho, pedagogía, ética e historia social*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998, nota 88, pág. 47.

⁷ Algo que se mostró con similar importancia en la formación y actividad de los intelectuales en otros países. Véase Jeffrey C. Goldfarb, *Los intelectuales en la sociedad democrática*, Madrid, Cambridge University Press, 2000, pág. 161.

mitía ejercer un control aún mayor sobre la Universidad de Oviedo, de la que destituyó a su Rector pese a las protestas de un claustro en el que ya estaban Clarín, Buylla y Posada. Éste recordaría en sus Memorias aquellos hechos con especial viveza:

... todos los profesores de nuestra Universidad —todos menos uno, como ya he tenido ocasión de recordar en estos *Fragmentos*— formamos un frente común para impedir que el caciquismo político, que entonces personificaba y ejercía, atropelladamente si era preciso, don Alejandro Pidal y Mon, no ya imperase, ni siquiera influyese en forma alguna en nuestra Universidad. Sin que pretendiéramos restaurar el fuero universitario en su sentido o significación histórica, estábamos decididos a defender la dignidad y la autonomía científica y moral de nuestra Universidad...⁸.

Cuando años más tarde otro de los intelectuales influido por los profesores krausistas, Luis Morote, recordaba las cuestiones universitarias en *El pulso de España*, aseguraba que de haber tenido lugar esos mismos acontecimientos a la altura de 1904 la fuerza de la opinión no hubiera permitido la separación de los profesores krausistas de sus cátedras⁹. Una percepción demasiado optimista, por otro lado, del lugar de los intelectuales en la sociedad española de principios del siglo xx, ya que la expulsión de Unamuno del rectorado de Salamanca no asistió a un movimiento de protestas del país de las dimensiones que Morote vaticinaba. Eso sí, volvió a poner de manifiesto las tensiones entre poder político, universidad e intelectuales ya vividas por los krausistas.

Y fueron esas mismas cátedras el elemento integrador de un grupo que ya se hallaba tenuemente conformado en su diáspora estudiantil desde finales de los 70. Su fortalecimiento responde precisamente a la progresiva incorporación de todos ellos a las labores docentes en la Universidad de Oviedo y a la serie de actividades que desde allí van a emprender de forma conjunta. Si la afinidad ideológica se la había prestado el krausismo madrileño, la confluencia en la práctica viene posibilitada por el corporativismo profesional. Curiosamente la inercia por la cual se van a conducir hacia Oviedo las carreras profesionales de buena parte de ellos está directamente relacionada con la política universitaria seguida por los gobiernos conservadores y liberales a lo largo del período. Si con moderados y conservadores los profesores krausistas ha-

⁸ *Fragmentos de mis Memorias*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1940, página 223.

⁹ Cfr. págs. 6-8.

bían sido perseguidos, los paréntesis de Gobierno liberal a lo largo de toda la Restauración van a ser como un verjel en el desierto para los institucionistas, cuyos proyectos pedagógicos se van a apoyar de forma explícita desde el poder¹⁰. Por la misma razón, si bajo la égida del Ministro Orovio los Tribunales de cátedra estuvieron controlados por los neos, con Albareda, Montero Ríos o Romanones los krausistas van a controlar en no pequeña medida los procesos de selección del profesorado universitario (como ejemplo, baste mencionar que el tribunal de Cátedra de Posada estuvo compuesto por Juan Úña —presidente—, Azcárate, Buylla, Clarín y Figuerola). Es ése el marco en el que los intelectuales de Oviedo se van reagrupando en su Universidad en los años 80 y 90.

El primero de los miembros del grupo en arribar a la Universidad de Oviedo es Adolfo Álvarez Buylla en 1877. La oportunidad se la ofrece precisamente la separación de su cátedra de Piernas Hurtado, profesor cercano al krausismo víctima de la segunda cuestión universitaria en 1875. Se había doctorado en Madrid en 1871, momento de efervescencia krausista, contacto que no perderá, siendo en sus reiteradas visitas a Giner cuando conozca a Altamira. Su estrecha vinculación con el institucionismo queda patente en su intensa colaboración en el *BILE* donde dirigió la sección de «Revista de Revistas» de forma casi ininterrumpida entre 1891 y 1916. Desde la recién ganada cátedra de Elementos de Economía Política y Estadística será además profesor de Adolfo Posada. Éste obtiene su Cátedra de Derecho Político en 1883, el mismo año en que Clarín se traslada desde la Universidad de Zaragoza hasta Oviedo para desempeñar la Cátedra de Derecho Natural. Además de literato Leopoldo Alas es un Doctor en Derecho muy influido por Giner, Azcárate y Ahrens y, de hecho, será de la filosofía del derecho de la parte del krausismo que nunca renegará, según le escribe a su amigo Menéndez Pelayo¹¹. Mayor aún es la filiación krausista de Posada, que asistió a la ILE durante el curso 1880/81, fue Vicerrector de Estudios de la misma y dirigió su Boletín entre 1910 y 1917. Hasta el final de su vida se reconocerá como fiel discípulo de Giner. En 1891 se les incorpora Ani-

¹⁰ Véase G. Capellán, «Política educativa bajo los Gobiernos de Cánovas y Sagasta. Propuestas para una interpretación», en *Berceo*, número monográfico «Sagasta y el liberalismo español», Logroño, IER, 1998, págs. 123-144.

¹¹ En una carta donde el krausismo y alguno de sus miembros no sale demasiado bien parado, escribe sin embargo: «Del Krause que yo me atrevo a responder es del Krause filósofo del derecho, y en este punto creo que se equivoca usted al negarle toda influencia actual. Esa influencia, pero grandísima, existe... Y, en cuanto a mí, creo firmemente que si hay, como no dudo, Dios y orden divino, etc., etc., el derecho es lo que dice Krause» (*Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, 1985, vol. IX, pág. 137).

ceto Sela, hombre educado en la ILE y cuya familia poseía negocios relacionados con la minería en Asturias. Determinante para la suerte futura del grupo fue, sin duda, la llegada de Rafael Altamira. Procedente de Alicante, su contacto con los krausistas madrileños va a superar lo estrictamente intelectual para insertarse en lo personal y laboral. Gracias a su director de Tesis Doctoral, Gumersindo de Azcárate, trabaja en el periódico republicano de Salmerón, *La Justicia*, y en el Museo Pedagógico junto a Cossío desde 1888. Finalmente, en 1897 obtiene una Cátedra de Historia del Derecho en Oviedo. Esa vertiente política (de filiación republicana) se iba a reforzar de la mano del joven Melquíades Álvarez, que había ejercido como Auxiliar desde 1888 y en 1899 ocupa ya una Cátedra de Derecho Romano¹².

2. LA UNIVERSIDAD COMO PLATAFORMA DE PODER DE LOS INTELECTUALES

El principal medio a través del cual los intelectuales de Oviedo se van a proyectar hacia la sociedad es la Universidad. Cuando el krausismo defendía la ciencia como esfera autónoma de la sociedad que se rige por sus propios criterios (búsqueda de la verdad) y al margen de influencias políticas, religiosas (enseñanza neutra), etc., estaba también creando una esfera propia de acción. A su vez, la filosofía krausista reconoce a la ciencia, como parte del todo, de la sociedad, una serie de funciones sociales que van más allá de la estrictamente científica y por eso cualquier profesor tiene —como señalaba Altamira— una gran responsabilidad nacional. Otro miembro del grupo, Aniceto Sela, expresará esa idea en un artículo sobre «El fin y la organización de las universidades» aparecido en el *BILE* en 1904:

... fuera pretensión absurda el que en medio de un país donde doce millones de personas no saben leer ni escribir, y muchos de los que saben no hacen el menor uso de estos instrumentos de cultura, las Universidades se encerraran en su torre de marfil, y, limitadas a la educación de unos cuantos elegidos y a la investigación científica, se desentendieran de todo lo demás y juzgaran cumplida su misión con eso¹³.

¹² Los datos biográficos proceden de Crespo Carbonero, op. cit., para Buylla; de Francisco J. Laporta, *Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974, para Posada; y de Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968, para Altamira.

¹³ Citado en Alejandro Mayordomo y Candido Ruiz Rodrigo, *La Universidad como problema en los intelectuales regeneracionistas*, Valencia, Universidad de Valencia, 1982, pág. 53.

Por un lado se trata, reconociendo el carácter orgánico de la vida del hombre, de llamar la atención de la estrecha relación entre la tarea científica y otros órdenes de la realidad, desde el económico o el religioso hasta el político. En ese sentido habla Giner de la necesaria colaboración entre los científicos y la sociedad, la relación entre la obra especial del hombre de ciencia y el espíritu general de la sociedad, su comunión actual. ¿Cómo si no se iba a erigir el científico o el intelectual en última instancia, en vocero de la masa, de la conciencia pública?¹⁴ Y para que así fuera se hacía indispensable, como plantea Posada, conceder libre iniciativa a las Universidades para su acción social fuera de sus tareas académicas e incluso fuera (y más allá) de su propio recinto¹⁵.

El movimiento por la Autonomía de la Universidad, que adquiere especial relevancia en los primeros años del siglo xx, es también, por tanto, el movimiento por una tribuna independiente que les permita ejercer como intelectuales. De un lado, les asegura la autosuficiencia económica (y a veces, dada la relativamente escasa remuneración, ni siquiera eso); el tiempo que los profesores krausistas permanecieron separados de sus cátedras se vieron compelidos a enviar artículos a diferentes revistas donde se pagaba por ello (hasta el punto de que se enviaba el mismo texto a distintas publicaciones, viendo la luz tres o cuatro veces en ocasiones). Una circunstancia que ejemplifica muy bien Altamira, quien hasta que logre su Cátedra en Oviedo en 1897 se vio obligado a colaborar en diferentes publicaciones para complementar su exiguo sueldo como Secretario del Museo Pedagógico.

De otro, existe la idea de que la autonomía de la Universidad debe proceder no de un Decreto (como, de hecho, ocurrió en 1919 con rechazo generalizado del profesorado), sino de la existencia efectiva de una «Corporación social de profesores y alumnos». Es decir, que la Universidad como «persona social», según los parámetros de la filosofía krausista, se convierta en un auténtico órgano especial y «soberano» en su propia esfera de acción para poder cumplir el fin científico de la vida del hombre¹⁶. Quizá la declaración más programática de cómo se intentó desde un comienzo alcanzar todos esos objetivos conjuntamente desde la Universidad (libertad de la ciencia, autonomía, tribuna de opinión pú-

¹⁴ Véase su artículo «La ciencia como función social», en *BILE*, 1899, tomo XXIV, págs. 30-31 y 55-56, donde Giner plantea estas cuestiones en el marco de una necesaria socialización de la ciencia que no debe verse como un mundo aparte.

¹⁵ «El problema universitario», en *BILE*, 31 agosto 1919, núm. 713, pág. 238.

¹⁶ *Ibíd.* Para la idea de una Universidad autónoma a la que se trasplanta la definición política de soberanía, véase Posada, «La soberanía», *BILE*, agosto 1915, núm. 665, pág. 246.

blica, influencia social) la encontremos en el *Boletín Revista de la Universidad de Madrid*, dirigido por Giner. En su «Prospecto» (núm. 1, enero 1869) se justifica la necesidad de que la Universidad cuente con un órgano de expresión mediante el cual concurrir «al libre mercado de las ideas», de un lado, y de fortalecer los lazos de unión entre el profesorado universitario, no solo de la Central de Madrid, sino los que unen a todas la Universidades de España (recordemos que eran solamente 10 en la época y que no resultaba difícil ese intento de lograr una cierta unidad de acción hasta cierto punto corporativa).

Que la misión de la Universidad fuera tan trascendental radicaba en el hecho de que la instrucción era el punto de partida de la elevación de la clase obrera, de la regeneración del país. Para que ese caudal de la opinión pública se engrosara era necesario gozar de un pueblo culto. En el ambiente de imperialismo, razas, etc. de fin de siglo el regeneracionismo va a coincidir en plantear esa necesidad, pero en el krausismo eso era ya algo que venía de antiguo. Los institucionistas de Oviedo, como dice Altamira, no caen en el lloriqueo, es decir, no se dejan invadir por ese pesimismo psicológico común a ciertos autores del 98, que ahora pasan a ocupar la escena de las letras. Frente a los ramalazos de fatalismo irracionalista o a las reacciones de alejamiento estético de la realidad¹⁷, los institucionistas oponen su optimismo racionalista y su colaboración activa con las instituciones para la reforma¹⁸. De nuevo, la explicación procede de la peculiar Filosofía de la Historia krausista, que se sustenta en una antropología optimista y en una firme convicción de que un progreso ilimitado guía la historia del universo. La perfectibilidad infinita del hombre individual y la de la Humanidad en su conjunto sigue el esquema dialéctico triádico del idealismo alemán. Para Krause y sus discípulos la Humanidad camina inexorablemente hacia su plenitud y nada ni nadie podrá detenerla. Tampoco a España, como parte integrante de esa Humanidad uni-

¹⁷ Desde el punto de vista adoptado por Tuñón para caracterizar las distintas «generaciones» de intelectuales, la del grado de integración social que va creciendo desde el 98 hasta los años 30 (y asociada al grado de difusión de la prensa, de compromiso, etc.), los literatos finiseculares se encierran en su individualismo y su crítica se torna estetizante (*Medio siglo de cultura española [1885-1936]*, Madrid, Tecnos, 1984, 3.^a ed., págs. 129-131 y 161). Siguiendo esa línea J.L. Abellán define esa postura como de «rebeldía estética», que les diferencia de quines se integran en estructuras próximas al poder («Cultura, ideología e intelectuales», en *La cultura en España [Ensayo para un diagnóstico]*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971).

¹⁸ Un optimismo que para José Varela es, junto al patriotismo, un rasgo que caracteriza a toda la generación de Ortega, y que les distancia del 98 («Prólogo» a Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 13-15).

versal. Su fe en el progreso es por tanto inquebrantable. Altamira se ve obligado a refundar, de alguna forma, la historia de España, a eliminar los elementos pesimistas y a destacar los intrínsecos que dan pie a la esperanza. Y aquí vuelve a aflorar la parte positiva de su acercamiento al pueblo en el que ven encarnados buena parte de esos elementos positivos, del alma nacional. Autores cercanos al krausismo, como Manuel Machado en Andalucía, vieron en el *Volk*, a la alemana, una cultura vital, algo a recuperar. De ahí el impulso de los estudios etnográficos (y del folklore) que supondrá el krausismo en España. Pero, al mismo tiempo, esa nueva visión supone cuestionar el elemento que los historiadores tradicionalistas habían identificado como esencia de la nación española, es decir, la religión católica. Ésa será causa suficiente para que, una vez más, desde la Iglesia se vea a los institucionistas como agentes extranjerizantes y, por supuesto, antipatriotas (acusación que desde Giner hasta Altamira se esforzaron por refutar, ya que era algo que les llegaba hasta lo más hondo de su patriótico corazón).

Como corporación, además, a la Universidad le correspondía una representación política, un Senador, que en el caso de Oviedo fue fruto de grandes disputas. Menéndez Pelayo, apoyado por los conservadores, los carlistas y algún amigo progresista, como Clarín, pugró por representar a la Universidad de Oviedo con Uña, que contaba con la aquiescencia de los krausistas. El hecho de que Menéndez Pelayo curiosamente saliera elegido por el claustro ovetense en 1896 y 1898, muestra la debilidad del grupo dentro de la Universidad, que destacó más por su actividad científica y social que por su poder político¹⁹.

3. LA IMPORTANCIA DE LA OPINIÓN PÚBLICA.

Al iniciarse la Restauración, una vez cerrada la vía académica oficial, los krausistas buscaron nuevas vías, Colegios privados, Academias, Ateneos... y prensa, para difundir sus ideas. De hecho, fueron durante los años de la «dictadura canovista» quienes lograron seguir ejerciendo una permanente crítica del sistema político de la Restauración, paralela a la formación de nuevos hombres capaces de emprender la obra de regenerar el país. Los tratados de teoría política escritos por Azcárate y Posada o los

¹⁹ Un análisis más detallado del equilibrio de fuerzas en el seno de la universidad de Oviedo en J. Uría, «La Universidad de Oviedo en el 98. Nacionalismo y regeneracionismo en la crisis finisecular», en *Asturias y Cuba en torno al 98. Sociedad, economía, política y cultura en la crisis de entresiglos*, Barcelona, Labor, 1994, págs. 177-84.

célebres paliques de Clarín convirtieron a los institucionalistas en el principal bloque de oposición al liberalismo doctrinario durante los años 80 y 90. Fueron igualmente los encargados de abrir nuevos horizontes a la ciencia y de polemizar con los modelos tradicionalistas de la cultura española (neoescolástica) que seguían empeñados en mirar hacia atrás, a nuestro glorioso pasado nacional (todo eso y algo más estuvo en el centro de la denominada «Polemica sobre la ciencia española» iniciada en 1876).

Desde que salieran por primera vez en 1860 a la palestra de la prensa mediante la revista *La Razón*, los krausistas (lo mismo que antes el liberalismo frente al Antiguo Régimen) tenían muy claro que había que conquistar la opinión pública para su causa, que era la del progreso, la razón, la libertad y la modernización cultural de una España, a la que consideraban atrasada con respecto a los pueblos más avanzados de Europa (y esto al menos ya desde 1841). Su actividad publicística no se detuvo desde entonces y a través de la pluma estuvieron presentes en todo momento en la vida pública. Tampoco rechazaron la participación activa (política), como aconteció en el Sexenio (a pesar de una extendida opinión en sentido contrario, los krausistas fueron todo menos diletantes). Así, en 1868 crean *Derecho* y colaboran en *La Voz del Siglo*, donde Azcárate —cuyas tesis seguirá luego Posada— esboza ya el papel que la opinión pública ha de tener en los Gobiernos. Si una sociedad aspira a gobernarse por sí misma (*self-government*), como apunta el ideal de los krausistas en materia política, su soberanía debe reflejarse en el imperio de la opinión pública. Ésta puede canalizarse por tres vías principales: el propio sufragio, que sirve para designar a los representantes, los partidos políticos en torno a los que éstos se agrupan, y la prensa²⁰.

Posada detallará aún más esas vías de formación y expresión de la opinión pública, dejando claro que requieren de las libertades de reunión, asociación e imprenta, ya que desde el mitin, a las huelgas o las manifestaciones sirven para dejar constancia del sentir de la sociedad como conjunto²¹. Desde el punto de vista de la Ciencia Política estos autores se adscriben a la interpretación —común ya desde el primer liberalismo en España— de que la opinión pública es la base de los gobiernos, la guía permanente de sus acciones, a la cual deben amoldarse y de esa forma el propio Gobierno se legitima al mismo tiempo²². Frente a la natura-

²⁰ «Por qué la revolución tiene derecho al orden», 21 noviembre 1868. Ideas que desarrolla más, pero en este mismo sentido, en «La opinión pública y los partidos políticos», en *La Enciclopedia Jurídica*, 4-III-1900, págs. 3-5.

²¹ *Ciencia Política*, Barcelona, Manuales Soler, s.f., págs. 106-122.

²² Para los diversos significados que el concepto va adquiriendo a lo largo del

leza puntual inherente al hecho de la representación política (se confiere en el momento de emitir el voto y perdura hasta una nueva elección), la opinión ofrece una guía permanente, una actualización constante de la soberanía que —como escribe Giner— se delega, pero no se pierde nunca²³. Y si a la prensa corresponde, no solo ser canal de transmisión de esa opinión sino dirigirla y formarla, claramente se está atribuyendo un especial papel a los intelectuales en esa tarea. De hecho, ya en la *Revista de Asturias* Posada se muestra indignado por cómo la crítica falta a su deber en relación con Cánovas. La ignorancia de sus colaboradores ha llevado a la prensa a una exaltación de Cánovas como erudito que no se corresponde con la realidad y de este modo se está formando una opinión errónea. Por eso las elites cultas deben contribuir a que la opinión no se extravíe²⁴. Es de este razonamiento de donde se deduce el papel que los institucionistas de Oviedo atribuyen a los profesores universitarios con un alto nivel científico (a sí mismos, por tanto) en la formación de una recta opinión pública.

Aunque los institucionistas nunca dejaron de escribir para la prensa periódica, este tipo de contribuciones van a revestir un carácter circunstancial, prefiriendo siempre dirigirse a la opinión pública desde plataformas más especializadas: las revistas científicas. Esta tendencia es claramente perceptible desde el Sexenio y va ser un rasgo distintivo con respecto a los grupos de intelectuales que afloran a partir del 98. Revistas científicas que sirvieron de expresión al krausismo como el *Boletín Revista de la Universidad de Madrid*, la *Revista de Ciencias, Arte y Literatura* de Sevilla, inicialmente, o más tarde la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, la *Revista de Ciencias Sociales y Jurídicas*, o incluso su participación en *La España Moderna* o *La Lectura* definen muy bien el ámbito de influencia de los institucionistas. Se trata de empresas de prácticamente nula rentabilidad económica y una escasa difusión que por el elevado tono científico de sus contenidos se circunscribiría esencialmente al ámbito académico (profesores y alumnos) e intelectual. Incluso el principal órgano de expresión del grupo, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* adolecerá de estas obvias limitaciones para llegar hasta el gran público. Todo ello en un contexto histórico donde, como bien ejemplifica el caso de *La España Moderna*, ni siquiera las más ambiciosas (en medios materiales e intelectuales) de las empresas

siglo XIX, véase J. Fernández Sebastián, «Opinión pública», en *Diccionario...*, ob. cit., págs. 477-486.

²³ *La persona social* (1899), citado por las OC, tomo II, págs. 235-259.

²⁴ «Sobre el concepto de Nación», tomo IV, 1881, pág. 361.

contaban con un público similar al de otros países europeos del entorno como Francia²⁵. De ahí que, como se verá más adelante, los intelectuales krausoinstitucionistas actúen sobre la opinión pública fundamentalmente a través de la formación de opinantes, influyendo en el grueso de la intelectualidad para que actúe como correa de transmisión de sus propias ideas, en un segundo momento de publicidad que descendiendo hacia abajo llegue hasta el público general.

Por lo que al grupo asturiano se refiere, la mejor señal de su primitiva conformación como tal, desde la diáspora aún, es su salida a la esfera pública en 1878 a través de la *Revista de Asturias*. En varios de sus prospectos reiteran su fin de ganarse el apoyo de un público como el asturiano al que quieren convencer de la necesidad y la posibilidad de una regeneración regional. En ella van a colaborar activamente los hermanos Alas, Palacio Valdés, Ureña, Buylla, Posada (antes ya de su llegada a Oviedo), el librero Victoriano Suárez (que actúa como corresponsal desde Madrid), bajo la dirección de Aramburu. El tono doctrinal de la revista es de una impronta krausista tan vigorosa como incuestionable. A la vez, se comprueba la fuerza inicial del grupo que tiene su particular *affaire* con motivo del trazado del ferro-carril por el puerto de Pajares. Para oponerse a ello utilizan la revista como plataforma, siendo capaces de movilizar a la prensa madrileña en defensa de su causa o de hacerla llegar hasta el Congreso de los diputados a través del diputado (y amigo del grupo) Rafael María de Labra²⁶. A ese núcleo inicial se van a sumar las inercias de la Sociedad Económica Asturiana y de la Escuela de Artes y Oficios, con la que los miembros del grupo colaborarán activamente desde un principio en lo que supone, además, su primer acercamiento práctico a la educación de los sectores obreros. Los temas tratados en esta publicación anticipan ya la insistencia en la política pedagógica, en la regeneración y en la importancia de elevar el nivel cultural de las clases obreras: para que exista una opinión pública debe haber ante todo personas capacitadas para opinar, un pueblo culto, como quería Giner. De ese germen surgirán novedades

²⁵ Así se pone de manifiesto en el estudio de Raquel Asún, «El Europeísmo de “La España Moderna”», en J. L. García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, págs. 469-487. El fracaso se evidencia si tenemos en cuenta que entre las previsiones de la suscripción alcanzada por revistas a las que se trataba de emular, como *Revue des Deux Mondes*, que superaban los 50.000 y las expectativas del propietario y autores como Pardo Bazán, que llegaban hasta 100.000, la cosa se quedó finalmente en 500. Todo ello pese a lo bien que se pagaban los textos, la extraordinaria calidad de los colaboradores, su originalidad, su independencia...

²⁶ Véase «El puerto y la opinión», tomo II, 1879, págs. 307-308.

en las que Oviedo va a ser pionera para el resto de España, como por ejemplo la Escuela de Práctica Jurídica en 1895 o la Extensión Universitaria desde 1898. La participación permanente en los medios de publicidad mencionados convirtieron para la altura de 1900 a los miembros del grupo de Oviedo en una referencia clave dentro del mundo intelectual.

Al iniciarse el siglo xx los institucionistas de Oviedo siguen preocupados por el tema de la opinión pública, pero cabe destacar un giro o una nueva forma de acercarse a la cuestión. Se trata de un estudio más en profundidad, de carácter científico, sobre el asunto de la opinión pública, y que ya no se circunscribe exclusivamente a sus relaciones con la Ciencia Política, sino que se desarrolla en el corazón mismo de la Sociología²⁷. El interés de los institucionistas sobre este punto fue tal que destinaron un importante esfuerzo a conocer las teorías dominantes sobre la opinión pública en el contexto internacional. Como buenos intelectuales, los krausistas de Oviedo no solo estuvieron en permanente contacto con el desarrollo científico europeo del momento, sino que además sirvieron de transmisores de esos conocimientos para el público español. En buena medida, los institucionistas fueron los grandes traductores de la España contemporánea, recalando en este aspecto una de sus principales aportaciones al panorama intelectual español de finales del xix y principios del xx. Alas y Posada tradujeron a Ihering, Buylla y Posada a Holtzendorff o a Schäffle, y Posada tradujo a numerosos autores del campo del Derecho y las Ciencias Sociales, entre ellos a Gabba, uno de los grandes teóricos de la opinión pública, del mismo modo que Azcárate lo hizo con Bryce o Giner con Röder. Una vez conocidas las principales ideas al respecto, Posada incorporó la noción de la opinión pública al análisis de la realidad política. En 1909 publica dos artículos en el *BILE* bajo el título «Sobre la opinión pública» (núm. 594, págs. 286-288) y «Sobre la naturaleza de la opinión pública» (núm. 595, págs. 316-320). Además de la función habitual largamente atribuida ya en el xix a la opinión pública como sostén de los gobiernos, como mecanismo de control permanente de su acción y en contra de la cual no se puede ejercer el poder o de la cuestión del papel que en su formación juegan los medios de comunicación, especialmente la prensa, Posada incorpora algunos puntos interesantes.

Acorde con su teoría de que la sociedad es un elemento sustantivo y el más importante entre Estado e individuo, Posada estima que la verdadera soberanía solo puede recaer en la sociedad,

²⁷ Con ellos se inicia lo que Juan Ignacio Rospir denomina «la opinión pública como preocupación universitaria». Véase «La opinión pública en España», en AAVV, *Opinión pública y comunicación política*, Madrid, Eudema, 1990, págs. 112-130.

y de ahí que su expresión, la opinión pública, sea un elemento trascendental. Pero la opinión pública no es lo mismo que la impresión popular, detalle éste muy importante. Porque la mera impresión, tal y como reconocía la teoría gnoseológica krausista, es fruto de un estadio primero y primario, del conocimiento. La verdadera opinión exige un grado más de formación, de ahí que aparezca estrechamente vinculada a la noción de cultura o, mejor, del nivel cultural de un pueblo. Por esa razón —como veremos— se concede una enorme importancia a la tarea educativa y a las iniciativas prácticas al respecto, como la Extensión Universitaria o la Universidad Popular.

Pero, segunda cuestión central, dada esa ausencia aún de una opinión formada o, lo que es lo mismo, de un pueblo culto, único sujeto posible de la misma, se hace necesaria a su vez —y por derivación de lo señalado— la existencia de un grupo, de una elite si se quiere, capaz por un lado de servir de fiel reflejo de la opinión en tanto que pueda conformarse por sí misma, es decir, mientras el resto del pueblo se incorpora al cuerpo opinante merced a la adquisición de la cultura; y, por otro lado, capaz de contribuir activamente a ese proceso de educación popular. Por tanto, no basta con gozar de un especial nivel cultural para formar parte de ese grupo, de erigirse en portavoz de la opinión porque se piense que ésa es una condición inherente a un determinado grupo social, sino que se trata de algo temporal, de un medio que nunca puede perder de vista el verdadero fin de formar al resto de la sociedad hasta que ella misma sea sujeto de la opinión.

Y aquí entramos de lleno en un aspecto distintivo de la manera que los institucionistas en general tendrán de considerar la opinión pública: ese grupo tiene en consecuencia un deber moral que le aleja del elitismo (o al menos de su variedad fría e insensible), a la vez que rehuye la equiparación entre el grupo directivo de la opinión y sus propios intereses. Su tarea es la de agente, la de mediador, la de educador y guía de la opinión en definitiva. Y esa connotación moral que Posada atribuye a la opinión culmina en la idea de que el espíritu público tampoco puede ser la suma de los intereses individuales. Siguiendo sus postulados organicistas, de la misma forma que la sociedad no es la suma de sus individuos como pretenden la teorías atomísticas, lo público, la opinión tampoco puede identificarse con unos intereses concretos, ni de un grupo, ni de cada uno de sus individuos. La opinión tiene siempre por norte el interés general, que surge de confrontar las diferentes opiniones individuales y las de cada organismo que conforma la sociedad. La virtud de estas consideraciones es para Posada que cuando la opinión se conforma y actúa de este modo se logra la armonía social, equidistante tanto de la anarquía como de la unidad homogénea que impide el pensamiento libre.

Pero si éste es el estadio que los institucionistas denominarían ideal, la teoría de la opinión, existe una realidad, la de la España del momento, que obviamente no se encuentra en ese estadio perfecto. Por eso la gran misión que estos hombres se encomendaron a sí mismos, liderados por Giner, fue la de formar hombres, en este caso opinantes por abajo, es decir, desde la adquisición de cultura. Este proceso de formación adquirió en el caso de los intelectuales ovetenses una característica que teóricos posteriores han ajustado a un esquema de influjo en «dos pasos» (*two steps flow*)²⁸. Si la tarea de educar a todo un pueblo desde sus niveles elementales era ingente, más aún teniendo en cuenta las carencias de la instrucción pública en la España del período, siempre cabía una estrategia que fue conscientemente seguida por los institucionistas, la de formar primero a los opinantes, a esa elite directora que a su vez conformará luego la opinión pública. Y en esta faceta su eficacia fue incuestionable. Desde sus cátedras de la Central se ganaron el respeto de la juventud intelectual que tanto en el 98 como en el 14 pasará a dominar la opinión pública española. Pero, además, les sitúa en una privilegiada posición para influir en la acción pública por la amistad personal establecida con algunos discípulos que alcanzarán las máximas responsabilidades en la dirección política. Así, en un esquema de ramificaciones a partir de la base, la corriente de la influencia institucionista «en dos pasos» logrará magnificar lo que en realidad fue un ideario sostenido por un reducido número de miembros de la intelectualidad (a su vez apoyados sobre una débil base social, la de un sector de la clase media urbana, ilustrada y progresista).

4. BASES PARA LA REFORMA SOCIAL: RENOVACIÓN PEDAGÓGICA Y EDUCACIÓN POPULAR

Quizá el aspecto más estudiado y por lo tanto mejor conocido de la actividad del grupo de Oviedo sea la relativa a la renovación pedagógica y la educación popular. Para entender la dedicación casi obsesiva con que se entregaron a esta labor hay que partir de la convicción señalada de estar ante el nudo gordiano de los problemas de España. Muchos autores pensaron igual, especialmente los intelectuales de la generación finisecular, si bien nadie se consagró tan apasionadamente a su resolución práctica, aspecto que distingue una vez más al grupo de Oviedo de otros in-

²⁸ Véase P. F. Lazarsfeld, «Public opinion and the Classical Tradition», en *Public Opinion Quarterly*, núm. 21, 1957, págs. 39-53.

telectuales coetáneos (entre quienes la cuestión educativa quedó reducida, como entre la clase política, a mero comodín retórico para adornar discursos y artículos periodísticos).

La diferencia en este sentido con los regeneracionistas del 98 es que los institucionistas habían proclamado antes la necesidad de esa labor, que durante el desastre y sus efectos actuaron en silencio y con hechos, menos en los periódicos y más en la praxis social, y que después, cuando la cuestión educativa cayera en el olvido frente otras preocupaciones (por ejemplo, la de terminar con el sistema político de la monarquía restaurada e implantar una república como única vía para implantar una democracia efectiva en España), para ellos seguiría siendo el eje de pensamiento y acción. Conocían bien las pautas a seguir, habían salido a Europa a conocer los modelos posibles, por ejemplo en 1886, cuando acompañan a Giner los «dos Adolfos», Buylla y Posada²⁹. Aunque no hablan tanto de europeizar España como algunos regeneracionistas, en el terreno pedagógico la europeizan de hecho, incorporando a la enseñanza los idiomas, las manualidades, las excursiones, el ejercicio físico, eliminado los libros de texto, dando educación humanística a los obreros, fusionando lo técnico con lo intelectual y lo moral para formar hombres integrales. Esta parte de la reforma, estrictamente pedagógica, requería también formar un buen profesorado, de ahí su énfasis en reformar las Normales de Maestros, de crear un Instituto Escuela, etc. (de nuevo su ideal se difunde por estadios intermedios: formar hombres que formen hombres).

Pero todo ello no puede entenderse como una preocupación propiamente pedagógica, de reforma técnica de la educación, sino parte, la inicial y más importante, que sirve de medio para un fin mayor, la reforma social.

Los frentes en los que se ramifica su labor pedagógica pasan por la universidad pública, en primer lugar, y por las iniciativas que desde ella se van desarrollando, desde la Extensión universitaria hasta las conferencias y seminarios de formación, por las Cátedras del Ateneo, por las instituciones gubernamentales, como la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), o por las iniciativas privadas de distinta índole, desde la ILE hasta la Escuela de Artes y Oficios, sin que una vez más su acción se limite geográficamente a Oviedo, aunque sí tengan a esta ciudad y a su Universidad como núcleo base.

De la Extensión, sobradamente conocida, baste con destacar aquí que para estos hombres la consecución de sus objetivos no se componía de etapas independientes y con una prioridad en el

²⁹ Recuerda ese viaje, y utiliza la expresión, Posada en sus *Fragmentos...*, ob. cit., págs. 229-232.

tiempo de ninguno de ellos, sino que se trataba de impulsarlas todas a la vez: si había que actuar a través de esos opinantes a los que ya formaban en las Cátedras universitarias, había que impulsar simultáneamente la educación popular para que algún día ya la opinión se conformara desde todos los estratos sociales. Con ello quiero recalcar que —y es especialmente así en la vertiente ovetense de la institución— las consignas para consolidar una sociedad verdaderamente democrática en lo cultural, de socializar la cultura y así de conformar una sociedad que realmente sea directora de sí misma (selfgovernment), de sus destinos (incluidos lo políticos), no era pura retórica. Buylla es un buen ejemplo de la permanente acción entre los círculos obreros asturianos, lo cual les llevó a actuar sobre la potencial clientela política del socialismo, entre la que lograron una aquiescencia impensable para otros sectores de la pequeña burguesía ilustrada.

Su proyecto en este sentido no fue solo regional y nacional, al servir de modelo para otras extensiones universitarias como la puesta en marcha desde el Ateneo por su amigo Moret, sino internacional desde el momento en que fue el grupo de Oviedo el principal responsable de estrechar el intercambio cultural con Hispanoamérica. De alguna forma se trata de otra misión de los intelectuales, la de formar elites directoras, opinantes en dos pasos de nuevo, tan propio en el proceso de modernización que se atravesaba en el siglo XIX y previo a la sociedad de masas posterior, que en buena medida desbordaba ya los medios de actuación propios de los institucionistas. En realidad, si el institucionismo se mantiene en la cúspide de la intelectualidad española al iniciar el siglo XX es porque se habían anticipado, a finales del XIX, a cualquier grupo en su formación y arrancan el nuevo siglo con una posición de fuerza como grupo, con una gran influencia en el ámbito cultural y con un proyecto perfectamente definido, así como con una especial capacidad para arbitrar medios para su realización. En cierta medida sirvieron de puente hasta que otro grupo similar en esos aspectos, pero más en consonancia con los nuevos tiempos, como el que representaban Ortega o Azaña, tomaran el testigo en la segunda década del siglo.

No es casualidad que solamente Oviedo respondiera a la posibilidad abierta por el Gobierno de realizar una misión en América, ya que se trataba a esa altura probablemente del núcleo más dinámico de la universidad española. Altamira fue así una punta de lanza por la que seguirían sus compañeros hasta el punto de que cuando la JAE desarrollara sus intercambios a principios del siglo XX Castillejo tenga en el grupo de Oviedo su principal interlocutor³⁰. En el desa-

³⁰ El intercambio constante de ideas y el diseño de proyectos en común entre una serie de intelectuales que desborda los límites del grupo (Giner, Posada,

rollo de esa empresa van a convivir además con otros destacados intelectuales y amigos, como Ramón y Cajal. La acción de los institucionistas en Hispanoamérica responde a tres objetivos fundamentales. Primero, se trataba, según expresó Altamira en *España en América* (1909) de rescatar el legado cultural español que amenazaba con desaparecer completamente bajo la hegemonía de Estados Unidos sobre la zona. Para ello era importante también que se revalorizara la propia España entre los intelectuales hispanoamericanos. En segundo lugar, y al hilo de lo anterior, en ese ambiente sería posible fortalecer los vínculos entre las naciones hispanoamericanas en un momento en que la superioridad o inferioridad entre las razas latina y anglosajona ocupaba aún el centro del debate intelectual. En último lugar, los institucionistas estaban convencidos de que, al igual que en España, los intelectuales hispanoamericanos eran los portavoces potenciales del liberalismo reformista que a comienzos del siglo encarnaba su ideal político. Era preciso influir sobre esos intelectuales, hacerles ver que la solución de la cuestión social podía venir de aplicar la ciencia, concretamente las ciencias sociales. Los intercambios que en este sentido se realizaron entre la Universidad de Oviedo y la Universidad de la Plata (creada en 1905) fueron fructíferos. Al viaje inicial de Altamira en 1909, le siguió un segundo en el que también viajó Posada. El prestigio que adquirieron los institucionistas entre la intelectualidad argentina tuvo un considerable efecto regenerador sobre la vida sociocultural de ese país y sirvió de base para impulsar distintas propuestas de reforma social³¹.

Ése sería el resultado de la acción precedente, pero aquí también cabría señalar que su especial consagración al cultivo de las ciencias sociales, su pionero desarrollo de la Sociología en España³² les llevó a ganar mayor profundidad en el análisis y en el discurso sobre la reforma social, para la cual diseñaron instrumentos prácti-

Altamira, Torres Quevedo, Cajal, Castillejo..., queda patente en el la correspondencia cruzada entre ellos (véase *Los intelectuales reformadores de España. El epistolario de José Castillejo*, Madrid, Castalia, 1997, tomo I: «Puentes hacia Europa, 1896-1909», pág. 366; tomo II: «El Espíritu de una época (1910-1912)» págs. 136-38. En muchos sentidos los institucionistas de Oviedo se inscriben antes que en otras en la que Pedro Laín Entralgo ha denominado «generación de sabios» generada en los años 80 del siglo XIX («La reacción de los intelectuales», en *España en 1898. Las claves del Desastre*, Madrid, Círculo de Lectores, 1999, página 296.

³¹ A semejantes conclusiones llega Eduardo Zimmermann en «La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino», en J. Uría (coord.), *Institucionismo...*, ob. cit., págs. 66-67.

³² El peso de los institucionistas, y especialmente de los de Oviedo, se hace patente en Salustiano del Campo (ed.), *Historia de la Sociología española*, Barcelona, Ariel, 2001.

cos. De hecho, hay que señalar que la para entonces denominada cuestión social en sí no fue causa de especial preocupación para los intelectuales del 98. Frente al aire estetizante de éstos, los institucionalistas lidiaron mucho más con la realidad práctica, con cosas más concretas que los melancólicos y abstractos llantos por una España de cartón piedra. Así debió de percibirse desde ciertos medios hasta el punto de poderse leer a finales de 1898 en *La Época* de Silvela las siguientes palabras: «Los profesores de la Universidad de Oviedo merecen un aplauso. Ahora que tanto se habla de *regeneración social*, ellos demuestran el movimiento andando»³³.

La situación de la clase obrera les preocupó desde un principio. Buylla no cesará de publicar escritos concretos sobre el caso. Su labor se canalizó ya en los 80 a través de la Comisión de Reformas Sociales, con lo cual contaban con documentación empírica, de primera mano. Buylla formó parte como Secretario del Comité de Oviedo y redactó junto con César Argüelles la Memoria de la Comisión, siendo su texto un buen resumen de los aspectos hasta aquí señalados:

El día en que la instrucción sea mayor y la moralidad se imponga, la sociedad tendrá directores entendidos, celosos y puros en el obrar que procuren su mejoramiento. Cuando este tiempo llegue dominará la opinión pública y no mandarán los atrevidos, los imprudentes, los intrigantes... y se adoptarán, en fin urgentemente cuantas medidas reclama la situación actual de la clase obrera, bien lisonjera por cierto³⁴.

Entre tanto que llegan esos directores entendidos, Buylla considera que es una tarea ineludible de los intelectuales el implicarse en la reforma social, hasta el punto de que en su peculiar cosmovisión sería difícil pensar en un auténtico intelectual carente de una especial sensibilidad hacia quienes considera el elemento débil dentro de las relaciones del capital³⁵.

La circunstancia de ser observadores sociales desde cerca, no desde las alejadas columnas de la prensa, sino *in situ*, les proporcionó un conocimiento inmediato de los problemas sociales del momento. Para ello, como siempre, acompañaron diagnóstico con intervención. Compartiendo sus proyectos con esas clases dirigentes y siempre dispuestos a la colaboración con cuantas instituciones públicas o privadas, gubernamentales dinásticas o repu-

³³ Cit. en Crespo Carbonero, ob. cit., pág. 96.

³⁴ *Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, tomo V, pág. 391.

³⁵ Véase «Los intelectuales y la reforma social», en *El Socialista*, 1-V-1919.

blicanas (el accidentalismo se manifiesta de esa forma también) así lo solicitaron. En efecto, sin abandonar su prístina labor educativa se percibe un giro que además va a iniciar la acción del grupo en la diáspora, su descomposición geográfica que reducirá el antaño unido núcleo del grupo a las figuras de Posada y Buylla (aunque seguirán reuniéndose en Salinas durante los veranos). Si las cátedras les habían reunido en Oviedo, la consagración a la reforma social, les va a separar de allí, para juntarles parcialmente en Madrid. Si Clarín había seguido su particular itinerario por la literatura hasta morir en 1901 o Aniceto Sela en la industria familiar o Altamira en el campo del Derecho Internacional, Posada y Buylla se trasladan a Madrid en 1904 para trabajar junto a Azcárate en el Instituto de Reformas Sociales (1903), último producto de un pensamiento que ya había dado lugar a un frustrado Instituto de Trabajo poco antes (1902).

Su labor en la recopilación de estadísticas y de bibliografía sobre las cuestiones sociales más candentes del momento, legislación obrera, previsión social, mutualismo y cooperación, seguros de accidentes laborales, pensiones de retiro... se libró en un terreno estrictamente técnico, bastante alejado de los vuelos intelectuales de la teoría o cuando menos haciendo a la ciencia lidiar con los hechos. En este sentido ocuparon una posición intermedia, de portavoces válidos entre clase obrera y los patronos. Su ideal de armonía de clases, diametralmente alejado de la lucha de clases del marxismo, les convirtió en buenos mediadores sociales. Pero lo que quiero destacar en este capítulo es lo que se convirtió para esta última etapa en su preocupación esencial: la política social. Con ella nos introducimos además plenamente ya no en la parte científica de estudio y diagnóstico social, sino directamente en la esfera de la acción del Estado, de la política.

5. INTELECTUALES Y ACCIÓN POLÍTICA

Con este último paso —e insisto que no me refiero nunca a pasos sucesivos, como correlativos en el tiempo, sino a diferentes vías surcadas simultáneamente en función de las circunstancias— llegamos a la cuestión final: la de las relaciones entre teoría y praxis, entre pensamiento y acción.

Dos aspectos habría que tener en cuenta a la hora de tratar de la relación del grupo de Oviedo con la política. De un lado, habría que referirse al Estado como sujeto de acción política. El contexto en el que Posada y Buylla van a pedir la intervención del Estado se compone de elementos filosóficos e históricos al mismo tiempo. El marco histórico es bastante claro. El liberalismo internacional, especialmente en el caso inglés que les sirve de referente priori-

tario, experimentó en el cambio de siglo una nueva andadura que la historiografía ha definido como un paso desde el viejo al nuevo liberalismo³⁶, si se prefiere, desde un liberalismo individualista, el del *laissez faire* manchesteriano según los institucionistas, hacia una preocupación social que lo moderniza y lo hace viable como proyecto sociopolítico para la sociedad del siglo xx. Ésa era la creencia de Posada y Buylla, como podía serlo del Ortega de «Vieja y nueva política» y de otros intelectuales al abrirse el siglo. Esto los distancia tanto de quienes ven el liberalismo agotado como filosofía política y prefieren una mano fuerte que acabe con todos los vicios asociados en la España del período a tal sistema, desde el caciquismo, hasta la inmoralidad o incompetencia de la clase dirigente, de la oligarquía, hasta la propia monarquía, como de quienes desde postulados socialistas o anarquistas nunca creyeron viable el proyecto burgués de los liberales.

Para Posada o Buylla el ejemplo estaba claro, la política de Lloyd George en Inglaterra. Para Posada este nuevo liberalismo se caracteriza por conservar los logros de la revolución francesa («viejo liberalismo»), de sus orígenes, la democracia política, formal. Ahora se trata de, sin perder eso, caminar hacia la democracia social, con la idea de que todos deben disfrutar del bienestar³⁷. Además de la labor que tradicionalmente el krausismo había asignado en este terreno a los ricos, el paternalismo filantrópico elevado a deber social, «los deberes de la riqueza» como los denominara Azcárate, los institucionistas de Oviedo van ahora a reclamar que ha llegado la hora de la intervención directa. Y si esto modifica algo su actitud precedente, no se trata de ninguna incoherencia, ni les obliga a recurrir a ningún presupuesto teórico nuevo en absoluto. Lo único que hacen es recurrir al segundo de los fines que Ahrens —y con él todo el krausismo español desde Giner— había atribuido al Estado: la de prestar las condiciones necesarias para que todos los elementos de la vida del hombre puedan realizarse³⁸.

En el sentido krausista del término, se trataría de que el estado cumpliera con su fin «ético»: además de cumplir el Derecho como fin específico propio, el Estado debe velar porque todas las demás

³⁶ Ya Posada utiliza esos mismo términos. Véase Manuel Suárez Cortina, «Reformismo laico, "cuestión social" y Nuevo liberalismo», en *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva-Sociedad Menéndez Pelayo, 2000, págs. 143-179.

³⁷ El texto programático en este sentido es su artículo «Liberalismo y política social», en *La Lectura*, tomo I, 1913, págs. 366-378.

³⁸ Véase G. Capellán, «La Filosofía Política y Social de H. Ahrens», en *Edades. Revista de Historia*, Santander, 1998, págs. 75-93.

esferas de la vida (económica, religiosa, artística...) gocen de las condiciones para cumplir sus fines propios (la riqueza, la unión con Dios, la belleza...), es decir, ético significa que pone medios para cumplir el fin global de la vida, y la Ética se cumplimenta cuando todos los fines se logran. Ahora es tiempo ya de que el cuarto estado, cuya emergencia en la vida de la sociedad la cuestión social ha hecho evidente, también participe, de facto, de todos esos bienes. Pero es preciso dejar claro que eso no implica que el ideal político de estos intelectuales deje de ser que la sociedad se autogobierne, que toda acción para lograr los fines de la vida parta, en el estadio de madurez de la historia, de la propia sociedad; así como no implica que, una vez puestas las condiciones, habiendo legislado al respeto en un sentido social, democrático, por parte del Estado, el individuo deje de actuar por sí mismo (*self-help*). Lo que diferencia a este Estado ético krausista de la descarnada lucha por la existencia darwiniana —que estos autores rechazan— es que no se les presten los medios de autorrealización, que el Estado no ponga unas normas, que no legisle para evitar retornar a ese estado de naturaleza donde los hombres luchan como animales y del que se deriva una injusta situación para la mayoría.

Al final de todo este razonamiento no deja de aflorar siempre, sin embargo, la recomendación de los institucionalistas de que este medio, la reforma social es, además de recomendable, la vía más eficaz para adelantarse desde arriba, desde la acción política del Estado, a la revolución desde abajo, única solución a la que se ven abocadas unas clases desposeídas que ante su estado de miseria estarán dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de cambiar su suerte. Si bien eso sigue ubicando ideológicamente a nuestros intelectuales en la línea de la burguesía ilustrada reformista, su relación con el pueblo no es la de simple desprecio por la masa ignorante. Rara vez encontramos en sus textos referencias despectivas hacia el sujeto colectivo al que se nombra más como pueblo que como masa (salvo, quizá en el caso de Altamira donde su lenguaje aparece más contaminado por la terminología regeneracionista, tan agresiva con la masa a veces)³⁹. Desde luego no acostumbran a aplicarle calificativos despreciativos, salvo el tónico de la ignorancia, la falta de educación o la pasividad. Tampoco hay ese miedo exacerbado por la masa en cuanto tal, como temible monstruo del número, sujeto de violencia e incapaz por sí

³⁹ Sobre el lugar de los términos pueblo y masa en el discurso de los intelectuales en distintos momentos de su evolución, véase Santos Juliá, «La aparición de “los intelectuales” en España», en *Claves de Razón Práctica*, núm. 86, octubre de 1998, págs. 3-6.

mismo de nada positivo. En ese sentido los miembros del grupo de Oviedo no llegan a una escisión tan tajante entre elite y masa como Ortega. Hay que añadir que para los institucionalistas opera como un principio sagrado de la praxis política que no se puede imponer nada, la facultad coactiva del Estado se reduce a la de imponer ese marco social de convivencia jurídica, pero cualquier autoritarismo, sea del cirujano de hierro, sea de cualquier elemento que apunte hacia el autoritarismo, por ejemplo el fascismo, es condenado de raíz por la filosofía política krausista.

Por otro lado hay que considerar su implicación personal, en tanto que agentes, en la política activa. Aquí la actitud de los institucionalistas se ajusta a la perfección a aquellas descripciones que destacan la implicación en la política activa como rasgo peculiar de los intelectuales españoles del siglo xx⁴⁰. Aun Posada, el más reacio del grupo en todo momento a la militancia política, acabó sucumbiendo a ese imperativo moral que les llamaba al compromiso con lo público (incluso fue Senador entre 1921 y 1923). De hecho, uno de los problemas de la sociedad española que ponían en manos de los dirigentes doctrinarios el Gobierno del país era la falta de movilización, la indiferencia que tanto odiaban los krausistas. De alguna forma la aparición en escena de los intelectuales tiene mucho que ver no sólo con la conciencia de que su elevada formación científica les concede una autoridad en los asuntos públicos, sino también con la creación de un espacio para ello derivada de la incompetencia de la oligarquía, de la clase política que dirige el país, conjugada con un pueblo incapaz, falto de educación, y la inexistencia de una opinión pública que dirija por cauces adecuados la situación. Pero esta percepción de la realidad no era una peculiaridad del grupo de Oviedo, sino algo que compartían los intelectuales del momento y que Araquistáin describió de forma excepcional desde las páginas de la revista *España*. En su particular metáfora, si en «Parálisis» no existía un buen gobierno de las cosas era debido a una Sociedad desmovilizada, sin nervio, dócil ante los desmanes del poder, «paralítica». Esa sociedad narcotizada, esperaba Araquistáin, podía despertar al son de la Gran Guerra, cuando los intelectuales españoles (los institucionalistas incluidos) se movilizaron de forma especial en apoyo de la causa aliadófila⁴¹.

⁴⁰ Dentro del panorama internacional en el que el fenómeno de los intelectuales se desarrolla históricamente, Juan Marichal ha destacado como rasgo distintivo el hecho de que los intelectuales asuman en España su compromiso en la forma de participación directa en política (*El intelectual y la política*, Madrid, Residencia de Estudiantes-CSIC, 1990, pág. 33).

⁴¹ Véase Luis Araquistáin. *La Revista España y la crisis del Estado liberal*, es-

Sea por el ideal de la fraternidad humana, de su adscripción al solidarismo o de la creencia en la necesidad de que el hombre colabore a la felicidad (al cumplimiento de fines) de la sociedad como un todo, los krausistas en general consideraron una actitud egoísta el diletantismo. De ahí que no acierte a comprender el estereotipo que sólo en las novelas galdosianas podía convertirse en realidad de su temor a la acción, de su incapacidad para tomar parte en la vida real, como si sólo supieran conducirse en los abismos de la abstracción metafísica. El krausismo se caracterizó frente al idealismo puro, y como reacción frente a él, por concebir la realidad como algo compuesto de ideas y de hechos, de lo espiritual y de lo físico, del pensamiento y de la acción. Del mismo modo que frente al positivismo extremo, se distinguen por entender la vida como compuesta en todas sus esferas de ambos elementos, de lo empírico y de lo ideal, pero sin excluir nunca ninguna de las dos facetas, las dos partes de un mismo todo.

Su postura en el terreno teórico quedaba manifiesta en sus tempranas críticas del sistema de la Restauración por las deficiencias inherentes al sistema político del liberalismo canovista, la monarquía Doctrinaria. Además de las obras teóricas de Posada en la línea de la crítica vertida por Azcárate, su respuesta, que por cierto son los únicos que firman de forma conjunta (y no por casualidad, sino por su especial coherencia como grupo), a la encuesta realizada por Costa en el Ateneo es la representativa de su postura con respecto a la realidad política de la época. El diagnóstico retorna a tres elementos centrales, inexistencia de verdadera opinión pública, ausencia de moral en la sociedad e incapacidad de las clases directoras («una oligarquía sin ideales y sin competencia»). El propio caciquismo es posible por la ignorancia de la sociedad española y, en consecuencia, la solución pasa por la educación nacional. Presupuestos para la enseñanza antes que soluciones quirúrgicas. Y en todo ello a los intelectuales le corresponde un importante papel:

... propaganda incesante de un ideal de moralidad, de respeto al derecho, de la condenación de la injusticia. Hay que ejercer un apostolado laico por pueblos grandes y pequeños, predicando a todas las clases sociales, que todas lo necesitan. Es preciso que aquellas personas desinteresadas, de buena voluntad, que de veras lamentan y no por pura fórmula o por recurso oratorio, el estado actual de las cosas políticas, trabajen con fe y con perseverancia en esta obra de propaganda redentora⁴².

tudio preliminar de Ángeles Barrio Alonso. Santander, Universidad de Cantabria, 2001, págs. 52 y 56-57.

⁴² *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España y modo de cambiarla*, ed. Madrid, Revista de Trabajo, 1975, tomo II: «Informes o testimonios», pág. 93.

Por lo que a la concreción de ese compromiso político se refiere, va a resultar determinante, además de la relación de los miembros del grupo con Azcárate o Salmerón, la presencia de Melquíades Álvarez, adalid a la postre del proyecto reformista del que todos tomarán parte. Es aquí donde los intelectuales de Oviedo convergen temporalmente con Ortega, Azaña y lo más granado de la nueva juventud intelectual. Y es el momento en que pasan por dos fases nítidamente diferenciadas. Del acercamiento al socialismo como frente común frente a Maura, a la aceptación de la Monarquía, lo cual les granjeó no solo severas críticas desde distintos foros intelectuales, sino también disidencias internas. En el fondo el proyecto político de los institucionistas, como ha mostrado Suárez Cortina, correspondió a los partidos políticos del republicanismo que van creándose desde finales del XIX, primero el centralista, luego la Unión Republicana y finalmente el Partido reformista, auténtico partido de intelectuales⁴³.

Para concluir, destacaría que como intelectuales siempre fueron críticos con el sistema, pero que no se limitan a denunciar las injusticias y deficiencias de funcionamiento del mismo, sino que aportan a la vez una análisis científico de la realidad, un marco teórico en el que sustentar la praxis; como un compromiso, en parte moral, que sienten hacia la acción pública y que les lleva a fusionar idea y acción, ciencia y política en una permanente actividad conjunta. Y esas acciones se caracterizan por tener como punto de partida y como tribuna pública a la Universidad, para cuya institución ganan un espacio vital dentro de la opinión pública, a la que dotan de una función social que desborda sus límites académicos y de una autonomía que garantiza la libertad de pensamiento de los profesores, al tiempo que la independencia profesional que les aleja de la reducción a un cuerpo funcionario servil (y por tanto incompatible con cualquier comportamiento como verdaderos intelectuales). Desde ese ideal científico desinteresado, de la ciencia por la ciencia misma, son defensores incondicionales de las causas universales, de la verdad, la justicia etc., valores no solo proclamados en la teoría, sino llevados a cabo con total desinterés en la práctica cotidiana. Cuando Leopoldo Alas Argüelles (hijo de Clarín) inicia su magisterio en Oviedo, Adolfo Posada le dirige una cariñosa carta desde el *BILE*. En ella escribe algo que describe a la perfección lo que vengo apuntando y que refleja bien el ideal que se proponían estos hombres: «La cátedra de tu padre fue siempre en todos los momentos una cátedra de *moral en acción*»⁴⁴.

⁴³ Un estudio detallado de este proyecto político en el que los intelectuales de Oviedo participaron activamente en Manuel Suárez Cortina, *El reformismo español*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

⁴⁴ 31 octubre 1920, núm. 727, pág. 315.

Algo que ayudó a que estos nuevos intelectuales se granjearan un prestigio y respeto, no solo social, sino entre los restantes intelectuales. De estos le distanció quizá, en última instancia y ya en los años 20 y 30, su insistencia no tanto en transformar las instituciones (creían viable el parlamentarismo, necesarios los partidos, accidental que hubiera monarquía o república), como a los hombres. No bastaba con una minoría de intelectuales, era toda la sociedad la que debía hacerse intelectual.

RESUMEN

Este artículo pretende analizar el papel desempeñado por los profesores de la Universidad de Oviedo en el seno de los intelectuales de los primeros años del siglo xx. Para ello se ocupa del contexto filosófico en que se forman (krausismo), de la Universidad como institución con una trascendental misión, que va más allá de lo estrictamente científico para alcanzar al conjunto de la sociedad, y de su especial preocupación por la opinión pública y la carencia de cultura, de educación tan arraigada en la España de la época. Este grupo de intelectuales intentó influir en aquellos que a su vez se estaban encargando de conformar una opinión pública. Y también trata de la medida en que estos intelectuales consideraron la acción política como la única vía (como un deber, de hecho) para lograr cumplir sus ideales. Una política que debería ser, ante todo, política social. Al actuar así, el grupo de Oviedo conquistó para los profesores de Universidad respeto y prestigio no solo en la sociedad, sino entre los propios intelectuales.

ABSTRACT

This article is an attempt to analyse the role played by the professors at Universidad de Oviedo within the intellectuals at the beginning of the twentieth century. It deals with their philosophical background (krausism), with the University as an institution with a significant role, one that goes further than science and reaches the whole society, and with the special concern about public opinion and the need for culture, for education, deeply rooted in Spanish society at that time. This group of intellectuals tried to have an influence on those who, at the same time, were forming public opinion. It also deals with the extent to which these intellectuals considered political action as the only way (as a must, in fact) to achieve their ideals. A policy that should be, above all, social policy. In doing so, the Oviedo group gained for University professors a prestigious place not only in society but also amongst the intellectuals.

Gonzalo Capellán de Miguel es Profesor Asociado de Historia del Pensamiento Político en la Universidad del País Vasco. Ha centrado sus investigaciones en el desarrollo histórico del krausismo español, así como su influencia en la cultura, la educación y la política en la España de la Restauración. En esa línea ha publicado varios artículos, como «Krausismo y catolicismo liberal. El problema religioso en la España contemporánea», *Ayer* (2000) y editado obras como *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española* (con Xavier Ajenjo; Santander, 2000), o *Ricardo Becerro de Bengoa. La enseñanza en el siglo XX* (Bilbao, 2002).